

Luz, é invocándola como á refugio de pecadores, la aplicó al pecho del moribundo. ¡Caso verdaderamente prodigioso! Iluminada al contacto de la preciosa Imagen la mente de aquel infeliz, cesó su turbación y pidiendo al sacerdote que se le acercase, se confesó con las mejores disposiciones y murió con dulcísimos consuelos.

Ave sole purior,

Luna plena pulchrior,

Splendida María;

Coeli luce clarior,

Cunctis astris gratior,

Digna laude pia,

In te solem gratiae

Christus sol justitiae

Mire radiavit:

Cujus lux laetitiae

Mortis et moestitiae

Tenebras fugavit.

(San Pedro de Sicilia, obispo).

Salve, María, portento

Que amante creara Dios,

Más hermosa que la luna

Y más brillante que el sol.

Tú vences con la hermosura

De tus rayos, el fulgor

De los astros que del cielo

Tachonan el pabellón.

Como en sol de gracia hermoso

En Ti, cuando te creó,

Irradió el Sol de justicia

Su divino resplandor.

Cuya luz al afligido

Dió alegría y bendición,

Y las tinieblas de muerte

Con sus lumbres ahuyentó.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Suplir las faltas que se cometen en el servicio de María, ofreciéndole la admirable obediencia que la dedicó siempre su divino Hijo.—Esto enseñó Cristo nuestro Señor á *Santa Matilde*; pues un día que la santa religiosa se lamentaba y confundía ante El, por no haberservido nunca á su purísima Madre tanto como debía, el dulcísimo Jesús, acercando á su divino Corazón la boca de Matilde, la dijo: “De aquí has de sacar todo cuanto desees ofrecer á mi amadísima Madre.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

En la festividad de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Mancillada como ha estado mi alma por la de-

formidad de la culpa, reconozco que no soy digno de levantar hacia Vos mis ojos para contemplar vuestra imagen amabilísima; pero, pues habéis venido del cielo para invitar á los pecadores á penitencia, á Vos recorro arrepentido y confiado, en busca de misericordia y de perdón. Propongo firmemente la enmienda de nunca más pecar, y confío en vuestra misericordia infinita que me habéis de perdonar todas mis culpas y concederme gracia para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida.—
Amén.

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Estrella vivísima, que despedís rayos de luz extraordinaria; rayos felices que borran el oprobio de la humana naturaleza! ¡Única esperanza del hombre después de Dios, á quien aplacáis con vuestra intercesión poderosa en favor nuestro; Sede augusta de la divina Majestad; y Mediadora eficazísima, que conseguís todos los bienes de la vida y todas las gracias que se conceden á los hombres! ¡Arca santísima, por todas partes revestida del oro de la gracia del Espíritu Santo!..... ¿Qué nombre, Madre amantísima, qué nombre Os daremos?..... ¿Os llamaremos cielo? Pero Vos habéis llevado en vuestro seno purísimo al Creador de los cielos y de la tierra.— ¿Os llamaremos Sol?..... Pero brilláis mucho más que el Sol; pues merecisteis concebir al divino Sol de justicia. ¿Os compararemos á la luna?..... Pero, brillando con incomparable hermosura, y siempre bellísima, disteis la vida al más hermoso entre los hijos de los hombres.

—¿Diremos que Os asemejáis al candelabro del templo?..... Pero vos sois aquella Luz de vida, que ilumináis benigna á los que se sientan en las tinieblas y en las sombras de la muerte. . . . Sois, pues, Madre Santísima de la Luz, la creatura más admirable y más gloriosa que ha podido formar el mismo Dios, y de todas ellas Reina y Señora, y Abogada y Madre poderosa y tiernísima.

Humildemente postrados en vuestra presencia, venimos á felicitaros de lo íntimo de nuestra alma, en este día de vuestras glorias; porque es un día especial de vuestras bondades y de vuestros triunfos. ¿Cómo no celebrar con la más entrañable gratitud y los más dulces afectos del corazón aquellas cuatro apariciones gloriosísimas, con que os dignasteis favorecer á vuestra sierva, la seráfica religiosa de Palermo, á fin de proporcionarnos ese retrato maravilloso y preciosísimo, en que os veneramos bajo el amable título de "MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ"? ¡Qué días aquellos de tan singular magnificencia, en que os dignasteis bajar de lo alto de los cielos, y dejaros ver, derramando vuestro semblante purísimos torrentes de tan viva luz, que en su comparación "parecía el sol una luciérnaga!" Ejército esplendente de serafines os cercaban volando, y sosteniendo sobre vuestra purísima cabeza triple corona imperial, Cubria vuestro virginal cuerpo un vestido talar, más lícido que el sol y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras las más preciosas ceñía vuestro talle virginal, y de vuestros hombros delicadísimos pendía con inimitable gracia un manto azul. Innumerable escuadrón de ángeles en respetuosa actitud formaba vuestro lu-

cido cortejo; y en medio de tanta grandeza aparecíais benigna, afabilísima y risueña, toda complacencia, toda amor. . . . Veníais á buscar solícita nuestras almas; y un ángel, con profundo respeto hincando ante Vos las rodillas, os presentaba un cestillo lleno de corazones, que vuestro divino Jesús, tomándolos uno á uno, iba encendiendo en purísimo amor. . . .

¡Oh, Madre tiernísima! ¿cómo agradeceremos tan cariñosa protección y tan nimia solicitud por nuestro bien? Que os alaben todos esos millones de ángeles, que en rendida veneración os acompañan! Que os bendigan las generaciones todas del universo, cuya salvación eterna promovéis con maternal empeño! Que os bendigamos y os amemos de una manera especial, los que tenemos la dicha de contemplar ese maravilloso retrato, que de vuestra belleza amabilísima nos dejasteis, como perpetua memoria de vuestra cariñosa y maternal protección. En este solemne día, en que gozosos celebramos acontecimiento tan feliz y detan benéfica trascendencia para nuestro pueblo, os damos con toda la sinceridad de nuestra alma gracias las más expresivas y afectuosas, y os pedimos de nuevo abundancia de luz y vuestro poderoso amparo para amaros siempre con eficacia, cumpliendo con la ley de Dios y dedicando á su santo servicio toda nuestra actividad y todo nuestro ser. Así tendremos la dicha de complaceros, puesto que éste es el objeto de vuestra maternal solicitud; y aprovechando gracias tan preciosas en la vida, os acompañaremos un día en las eternas mansiones de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, digna de ser venerada con las más expresivas alabanzas, como la más pura entre todas las vírgenes, santa de alma y de cuerpo, la única que ha merecido dar al mundo, para nuestro remedio, á la Luz eterna, Cristo nuestro: Bien.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Madre admirable, cuyo seno purísimo es un cielo, en el cual se dignó habitar el que llena con su inmensidad todo cuanto existe.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Madre de Dios, lucidísima é intacta, á cuya voz obedece el Rey de toda majestad.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Corona de gracia; ornamento de santidad; objeto de las divinas promesas; y primicias de la humana regeneración! ; Salve, purísima paloma, que nos traéis benigna el suspirado ramo de oliva, anunciándonos el fin del diluvio espiritual y mostrándonos el puerto seguro de salvación! Cándidas son vuestras alas como la plata, y resplandecen como oro purísimo, porque en ellas irradia la luz del Espíritu Santo, que con tan dulces complacencias habita en Vos, atraído por vuestra virginal pureza y vuestra rectitud de intención.

¡Ah! ; Si nosotros nos decidiésemos á imitaros en esta meritoria virtud! Porque es de absoluta necesidad, si nuestras obras no han de ser estériles para

la vida eterna; pues así como el edificio se apoya en las columnas, y éstas en sus bases; así nuestra vida espiritual tiene que fundarse en las virtudes, y éstas en la recta intención. Por eso nos la recomienda tanto el Apóstol, cuando dice: "*Ora comáis, ora bebáis, ó hagáis cualquiera otra cosa; hacedlo todo á gloria de Dios.*" Y ¿qué extraño que esto se nos pida, si Dios nuestro Señor debe ser constantemente el fin de todas nuestras obras? "*Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo;*" y bien claro nos dice por el Profeta que "*su gloria no la cederá á otra.*" Conseguidnos, pues, Madre amantísima, que en adelante en todo cuanto hagamos, hablemos, pensemos y suframos, nos preocupemos tan sólo de servir y complacer á Dios nuestro Señor; porque triste es que, después de una vida laboriosa en que hayamos practicado tal vez muchas obras buenas, pudiera haber razón para que, por falta de rectitud de intención, se nos aplicasen aquellas palabras del profeta Ageo: "*Habéis sembrado mucho y recogido poco; habéis comido, y no os habéis saciado; habéis bebido, y no habéis apogado vuestra sed; os habéis cargado de ropa, y no os habéis calentado; y aquel que ganaba salarios, los ha ido poniendo en saco roto.*"

¡Plegue al divino Corazón de Jesús, Madre Santísima de la Luz, que en este día memorable lluevan sobre nosotros especiales gracias, con las cuales nos excitemos á fomentar en todos los actos de nuestra vida pureza de intención, á mayor gloria de Dios y nuestra salvación eterna!—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, MADRE CLEMENTÍSIMA DE LOS HOMBRES.

Es María verdadera Madre adoptiva de los hombres; puesto que poco antes de morir nos la dió como Madre Cristo nuestro Señor, en la persona del apóstol San Juan, diciéndola: "*Mujer, he ahí á tu hijo;*" y á Juan: "*He ahí á tu Madre.*" Al consentir en ser Madre de Dios, consintió también María, como dice San Bernardino de Sena, en ser Madre de los hombres. En un sentido semejante recordaba el profeta Isaías que Sara, la madre de Isaac, lo era también de todos los judíos, porque eran descendientes de este antiguo patriarca; y el mismo Dios se dignó un día asegurar á Rebeca que en su maternó seno llevaba dos pueblos, como que estaban personificados en Esaú y Jacob.

María puede conseguir todas las gracias que desea, por cuanto es Madre de Dios; pero como Madre de los hombres, quiere alcanzar todas cuantas sean necesarias. Un niño muy cristianamente educado, cuando por la primera vez le enseñó su piadosa madre á persignarse, habiendo pronunciado las palabras: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo," dijo: "¡Pero aquí no se habla de la madre!" A esta instintiva exclamación del niño, contesta desde hace siglos la Iglesia católica: "Esa Madre cariñosa y tiernísima, es MARÍA." Porque por nosotros y por nuestra eterna salvación descendió de los cielos el divino Verbo á hacerse hombre en el seno purísimo de María, como diariamente confesamos en el Credo: "*Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación,*

bajó de los cielos y TOMÓ CARNE DE LA VIRGEN MARÍA POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO, Y SE HIZO HOMBRE." Lo cual significa, para nuestro consuelo, que la causa de haber bajado Dios á hacerse hombre y haber sido destinada Ella para ser Madre purísima de este Dios, es únicamente la salvación nuestra; y esto en tal manera que sólo ha dado al divino Jesús la vida de hombre para darnos á nosotros la vida de Dios. Es, pues, María, Madre de los hombres, salvados por Jesucristo, no menos que Madre del divino Salvador. Y así se explica el que serena y valerosa sobre toda ponderación, María, inspirada por el mismo amor que movió al Eterno Padre á entregar por nuestra salvación á su divino Hijo, ofrezca al amabilísimo Jesús con el mismo fin en la cima del Calvario, consintiendo con resignación sublime en que su amadísimo Jesús muera, á trueque de que vivamos nosotros á la vida de la gracia.

Como Madre, y Madre á costa de tantas angustias y dolores, María nos ama de la manera más entrañable y más tierna. Nos ama, en primer lugar, *por amor de Dios*, como Ella misma decía á su sierva Sor María del Crucifijo: "El fuego del divino amor, de que yo estaba abrasada, habría consumido el cielo y la tierra si hubiesen experimentado el incendio que yo padecía; y hasta los ardores de los serafines, en comparación de los míos, no eran más que un soplo de aire frío." Muévela, además, á amarnos *el amor que tiene á su divino Hijo*, crucificado por nuestro bien. "María nos dió verdaderamente á su Unigénito, cuando en virtud de su derecho de Madre, y en fuerza de la jurisdicción que en calidad de tal tenía sobre

él, le permitió que se entregase á la muerte; y cuando los demás callaban, unos por odio, otros por temor; María también callaba, pero por amor nuestro; y este fué el motivo por que no tomó á su cargo la defensa de su Hijo delante de los jueces." Muévela también á amarnos, el precio de la sangre de su divino Hijo, que Ella, conocía muy bien ser de infinito valor. Una madre, cuyo hijo se hubiese generosamente sometido á durísimos padecimientos por su esclavo; no es verdad, dice San Ligorio, que amaría sobremanera á este, puesto que por él había sufrido tanto su hijo? Pues tal es el amor de María hacia el hombre, amor proporcionado al valor infinito de la sangre preciosísima de Jesús, con tanta abundancia derramada por nuestro bien.

De este amor dió pruebas muy significativas nuestra Madre Santísima de la Luz en el dichosísimo acontecimiento, que hoy con tanto júbilo celebramos. Pronta á dejarnos un expresivo retrato de su inimitable belleza, Ella misma, acompañada de millares de ángeles, se presenta en el estudio del pintor, haciendo saltar de gozo tiernísimo el corazón de la santa religiosa, á cuyas humildes súplicas accedía benigna. Allí se aparece con la misma arrebatadora belleza en su celestial semblante, el mismo traje, la actitud misma y el mismo océano de resplandores y de luz, con que se había aparecido la vez primera. Con las indicaciones que iba haciendo al pintor la religiosa, única persona de quien la celestial Señora se dejaba ver, indicaciones tan propias y tan exactas, como que delante de ella tenía el bellísimo y encantador original cuya presencia la sumergía en un mar de embelesado-

ras delicias; y, sobre todo, con la asistencia eficazísima de María, que INVISIBLEMENTE GUIABA EL PINCEL del artista, no es maravilla que el retrato resultase perfecto, cuanto puede verse con elementos de este mundo, y con ojos de carne. Admirase en él un aire celestial tan vivo, tan grave, tan penetrante y amable, que hasta hoy no ha sido posible sacar de él copia que con exactitud se le parezca. Pintores eminentes lo han intentado; y si pudieron igualarse con el inspirado artista en el dibujo, en el arte, en el concierto, hermosura y suavidad de colores, no han podido imitarle jamás en la sobrenatural belleza é inimitable gracia que parecen rebosar aquel semblante purísimo y todo el admirable conjunto de esa obra más que humana. "Más que humana, sí; porque no es sólo obra de hombre: en ella se empleó el pincel, invisiblemente dirigido por la Madre purísima del mismo Dios.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Gracias mil por vuestra amorosa dignación al dejarnos en esa bellísima pintura una prueba la más elocuente de vuestra maternal bondad para con nosotros. ¡Que os seamos fieles en la vida, para contemplar por siglos eternos vuestro semblante hermosísimo en el cielo!—Amén.

EJEMPLO.

En el país de Parténico (Italia) padecía Angela Maria Burgetto, una inflamación gravísima que no la permitía tomar ningún líquido. Ungiéronle la garganta con aceite de la lámpara de la Madre Santísima de la Luz, y quedó perfectamente sana. Pero,

como de esta salud milagrosamente concedida se valió para cometer algunos desórdenes, reprodujose con más fuerza la pasada enfermedad, y asaltóla agudísima fiebre con dolores acerbísimos por todo el cuerpo; tanto que en pocos días, desahuciada ya de los médicos y recibidos los santos sacramentos, entró en agonía. Una mujer piadosa, inspirada por el Señor, ungió á la moribunda con aceite de la lámpara de la Madre Santísima de la Luz, encargando á los circunstantes que la encomendasen al Señor. Apenas terminada la unción, abre los ojos la enferma, y dice con admiración á su madre, que se hallaba llorosa á la cabecera de su cama: "¿Qué hace aquí tanta gente hincada en torno de mi lecho? Yo no tengo enfermedad alguna." Llamado el médico, declaró que la enferma no tenía fiebre, ni dolores, ni mal de ningún género.

Mater Dei et hominis,

Capax Trinitatis,

Mater expertis criminis,

Norma sanctitatis;

MATER VERI LUMINIS,

Splendor puritatis;

Tu aeterni Numinis

Hortus voluptatis.

(San Metodio, obispo de Tiro).

De Dios y del hombre

Eres Madre amada;

De santos modelo

Y Virgen sin mancha.

Candor de pureza,
 Madre de Luz santa,
 Jardín do el Eterno
 Sus delicias halla.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dirigir á María alguna breve súplica, antes de comenzar cualquiera obra. El venerable Obispo Himing solía comenzar todos sus sermones por alguna alabanza á María; y esta amabilísima Señora encargó un día á Santa Brigida participase al virtuoso prelado que en atención á su piadosa costumbre, haría con él oficios de buena Madre, alcanzándole una buena muerte y presentando su alma á Dios nuestro Señor.

Para el solemne aniversario
 de la entrada triunfal de la Imagen de la Madre
 Santísima de la Luz, en León, el 2
 de Julio de 1732.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mío, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, en el alma me pesa de haberos ofendido. ¡Oh amabilísimo Jesús! ¿Cómo podré yo sostener vuestra justa cólera cuando hayáis de juzgarme? ¿Qué responderé, cuando

con tanta razón me deis en rostro con mis ingratitudes y pecados? ¡Ah! Perdonadme, para que del todo regenerado antes de mi salida de este mundo, cante sin cesar vuestras infinitas misericordias. ¡Oh! Si me fuese dado ahogar todas mis malas inclinaciones, concebir hacia Vos un amor ardentísimo, enriquecerme de vuestros dones, y entregarme del todo y para siempre á vuestro servicio! Dadme gracia para ello, oh Jesús amabilísimo, para perseverar en esta santa empresa hasta el último instante de mi vida. —Amén.

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Repara-dora de todos nuestros males; amor y deseo de todas las creaturas! ¡Gozaos por haber albergado con inefable pureza en Vuestro seno inmaculado al divino tesoro de la virginidad! ¡Gozaos, Madre admirablemente fecunda, que habéis tenido la dicha incomprendible de lactar con celestial licor al mismo que os ha dado el ser! ¡Gozaos, amenísimo Paraíso plantado por la mano del mismo Dios, en que con eterna frescura germinan fragantísimos lirios é inmarcesibles rosas, y en el cual brota para conocimiento de la verdad el Arbol de vida, que brinda con gloriosa inmortalidad á los que le gustan! ¡Gozaos, inmaculado y preciosísimo Palacio del supremo Rey, adornado con divina magnificencia, en el cual brilla como purísimo sol el tálamo del espiritual Esposo, en que nuestra pobre humanidad se ha desposado con el Verbo de Dios!

Poseídos de alegría dulcísima y de la más tierna

gratitud, nos acercamos á saludaros con rendida humildad en este día, feliz aniversario de aquel otro día, mil veces venturoso para nosotros, en que por medio de vuestra bellissima Imagen, con maternal benignidad habéis entrado entre los más ardorosos afectos de amor purísimo y las más entusiastas aclamaciones de gozo, en la venturosa ciudad de León, colocando en ella vuestro augusto trono, para remediar clemente nuestras necesidades y atender vigilante y amorosa á la salvación de nuestras almas. Desde entonces ¡cuántas gracias habéis derramado sobre ella! Y en lo temporal ¡con cuántos beneficios la habéis distinguido, y de qué males gravísimos la habéis librado! Con vuestra amabilísima presencia habéis alejado de ella la abundancia de rayos que antes con frecuencia la amenazaban, las epidemias que en otras comarcas han causado tantos estragos, y las terribles consecuencias de guerras y revoluciones con que se han visto tristemente asoladas otras regiones del hermoso país del Anáhuac. Nos habéis regalado con frecuentes y benéficas lluvias, y bañasteis de luz celestial nuestros hogares; haciendo florecer en ellos la paz de la familia, y con ella la viveza de la fe cristiana y el santo temor de Dios. Nos habéis concedido con la erección de nuestra diócesis, Pastores vigilantes y caritativos y un clero celoso y abnegado, que nos conduce á la gloria por los espinosos y saludables senderos de la mortificación y de la cruz. Vos sois para nosotros consuelo en la aflicción, amparo en la debilidad, luz esplendorosa en los casos difíciles y remedio seguro y eficaz en todo linaje de tribulaciones y de miserias. . . .

Gracias mil, Madre tierna y amabilísima, por tantos beneficios y amorosos cuidados. Perpetuad entre nosotros vuestro reinado felicísimo; que vuestros somos, é hijos vuestros amantísimos y agradecidos queremos ser hasta la muerte. De tantas gracias como veis que necesitamos, la que con preferencia é instantemente os pedimos, es la de sobreponernos á los muchos peligros que con frecuencia amenazan nuestra fe y con engañosos halagos pretenden precipitarnos en el abismo horroroso del pecado. Sostenednos, Madre piadosísima, con vuestra gracia; que os seamos fieles en la vida y con Vos reinemos para siempre en las felices mansiones de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, benéfico Sol, que todo el día iluminas las puertas de nuestros corazones, invitándonos á que te los franqueemos por completo para llenarlos de tus gracias, é instándonos amorosa con aquellas palabras con que llama el divino Pastor: "He aquí que estoy á la puerta de tu corazón, y llamo."—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sol esplendidísimo, Reina de las virgenes y de todos los santos, con más brillantez y magnificencia que el sol físico respecto de todos los astros.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, brillantísimo Sol, que con tus esplendorosos y benéficos rayos disipas las tinieblas del error, exterminas las funestas herejías, iluminas el mundo é ilustras con tus santísimos ejemplos á toda la Iglesia.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Inmaculada paloma; cielo animado; asiento de la gracia, y abismo de las maravillas del Omnipotente! ¡Virgen egregia y admirable, á la cual las Potestades angélicas veneran como á su Señora! ¡Virgen excelente, que para los caídos en la culpa sois camino y puerta del cielo! Vos vencéis en rubor á las rosas, en candor superáis á los lirios, descolláis en blancura sobre la nieve, y con vuestros incomparables fulgores eclipsáis los rayos del sol. Vos sois más excelsa que los ángeles, más noble que todos los santos, y más bella que toda hermosura creada. Pero ¡qué bien sienta en Vos tanta grandeza, cuando tales han sido vuestros méritos, que entre los fulgores de la más cándida inocencia serviais á Dios, sin descuidar esos minuciosos primores de las obras buenas, que nosotros solemos llamar "cosas pequeñas!"

Dignaos, Señora, ofrecernos con vuestra esplendorosa luz una nueva lección sobre los pequeños defectos que debemos evitar, y las cosas pequeñas que nos impórta hacer; porque "quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho." Insignificante es el río en su origen; pero dilátase y hácese caudaloso, con frecuencia enriquecido con el agua de nuevos manantiales; y tal es el interior del hombre, que crece en méritos y virtudes con la constante diligencia en el cuidado de las cosas pequeñas; ó truecase, por desgracia, en gran pecador por las caídas repetidas y de continuo aumentadas, en faltas que en un princi-

pio parecieron insignificantes y poco á poco llegaron á ser enormes. Providencia adorable es muchas veces en Dios nuestro Señor retribuir con grandes recompensas pequeños obsequios; porque no se fija de ordinario en cuánto se le da, sino en la generosidad de la voluntad con que se le ofrece; por eso, á las cosas pequeñas da Su divina Majestad mucha importancia. Haced, pues, Madre amabilísima, que penetrados de esta verdad de tanto interés, nos preocupemos en adelante de evitar toda negligencia en rechazar tentaciones, peligros, pecados y pasiones, por pequeños que puedan aparecer; y en practicar toda clase de mortificaciones y obras buenas, que, aunque mínimas, pueden ser de mucho mérito, hechas con recta intención. Y que, procediendo con este cuidado, tengamos algún día la dicha de oír de los labios de vuestro divino Hijo aquellas suavisimas y consoladoras promesas que nos anuncia en su santo Evangelio: "Muy bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en pequeñas cosas, yo te confiaré muchas más; ven á participar del gozo de tu Señor."—Así sea.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, GRANDE
EN SUS MISERICORDIAS.

Al hablar el Doctor Meliúo de la misericordia de María, dice: "Que omite encomiar vuestra misericordia, oh Virgen bienaventurada, el que, habiéndoo invocado, no haya sido socorrido por Vos, si es que hay alguno. Cierto que nosotros, vuestros humildes siervos, regocijémonos con Vos al recordar vuestras virtudes; pero mucho más tratándose de

vuestra misericordia, pues toda la empleáis en favor nuestro. Alabamos vuestra virginidad, admiramos vuestra humildad; pero vuestra misericordia tiene para nosotros, miserables, un sabor más dulce; pensamos en ella con más afecto, la recordamos muchas más veces, y con más frecuencia la invocamos. . . . ¿Quién podrá, oh Virgen bendita, descubrir la longitud, la latitud, la altura y la profundidad de vuestra misericordia? Porque su longitud abraza todos los siglos hasta el fin del mundo, y viene en auxilio de todos los que la invocan. Su latitud llena todo el mundo, de modo que toda la tierra está llena de vuestras misericordias; su altura toca con la restauración de la ciudad celestial; y su profundidad obtiene la libertad de aquellos que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte."

"María, dice San Buenaventura, es el cielo; María es la tierra; María es el abismo. ¿Quién medirá la altura de este cielo, lo ancho de esta tierra, la profundidad de este abismo, la inmensidad de su misericordia, sino Aquel que la ha formado tan elevada, tan ancha, tan profunda, no sólo en gracia y en gloria, sino en misericordia, sobre todo?"

La misericordia de Dios, cómo decía Ella con tan admirable elocuencia en su precioso cántico "Magnificat," extiéndese de generación en generación. Puede decirse también de esta Madre tiernísima, observa Pablo de Santa Catarina, que su misericordia se extiende de siglo en siglo. ¡Oh Madre verdaderamente llena de misericordia! Si su misericordia se extiende aun sobre los enemigos de Jesucristo, sobre los judíos y los paganos, ¿cuánto más se ex-

tenderá sobre sus amigos, sobre los que la invocan, honran y sirven!

"María, nota San Ligorio, es Reina, no de justicia, sino de misericordia; no para castigar á los pecadores, sino para perdonarlos." El Señor ha hecho como dos partes del gobierno de su reino: El se ha reservado la dirección de la justicia; la de la misericordia, la ha reservado á su purísima Madre. San Andrés dice de Ella, que es un abismo de misericordia. El sabio Idiota asegura que es un Sol brillante, que de todos lados lanza rayos tan ardientes de misericordia, que nadie puede impedir sus efectos.

Esta indecible misericordia de la Inmaculada Madre de Dios nos recuerda la alegre solemnidad de este día, en que celebramos el dichoso arribo de la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz á la ciudad de León, el día 2 de Julio de 1732. El origen tan sólo de esta maravillosa Pintura, aun prescindiendo de los numerosos beneficios que á ella se siguieron, nos recuerda que todo es en María gracia y misericordia. Desea tener el fervoroso P. Juan Antonio Genovesi, S. J., una Imagen de María, radiante de majestad y de belleza; de nobilísimo continente, pero de suave mirar y de apacible semblante, de modo que, excitando profunda admiración por su aire de célica grandeza, se lleve tras sí los corazones por su amabilidad y su dulzura. Pídesele á la celestial Señora que se digne intervenir en la pintura de esta hermosa Imagen; y Ella misma lleva su amorosa dignación hasta el extremo de descender de lo alto de los cielos, y presentarse á una sierva suya diciéndola: *Pláceme el atenderle* (al P. Genovesi), y por eso

he venido aquí con tanta abundancia de clemencia y de luz, para consolarle, anticipándole benigna á su desco. Dile que me agrada su obsequioso pensamiento, que admite mi protección su apostólico ministerio, y que quiero ser retratada en lienzo como ahora me ves. Observa bien mi actitud; mírame atentamente." Y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en ademán de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla suspensa de su mano, para que no fuera á precipitarse en él. Porque María nos consigue gracia del Señor para no morir en pecado, y para no caer en las tinieblas del pecado.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dignaos continuar en favor nuestro, vuestros tiernísimos oficios de bondad y de misericordia, y luz y gracia para que á ellos correspondamos, fieles hasta la muerte, á fin de ser felices en la gloria.—Amén.

EJEMPLO.

En la ciudad del Monte San Julián, una doncellita, dedicada desde su niñez al divino servicio y muy adelantada en la oración y mortificación, fué regalada con extraordinarios favores del cielo después de haber consagrado al Señor con voto su virginidad. El año 1717, permitió Su divina Majestad, para confirmarla más en la virtud, que mientras ella oraba fuese asaltada por el demonio bajo una forma agradable, excitándola á la infidelidad para con su Dios. Horrorizada la piadosa doncella, invocó los dulcísimos nombres de Jesús y de María, y logró que huyese avergonzado el infernal enemigo. Pero este insistió

en sus formidables sugestiones durante muchos años, apareciéndosele de distintas maneras, y algunas veces acompañado de otros demonios, amenazándola con entrarsele en su cuerpo y atormentarla. Valerosa en medio de tentaciones tan graves, á todas resistía la atribulada doncella; pero para tomar consejo de alguna persona de experiencia, se dirigió á Trapani, y comunicó todo cuanto le acontecía á un Padre de la Compañía de Jesús. Escuchóla éste admirado y agradeciendo al Señor la heroica fortaleza con que había favorecido á la joven; conoció que la que había de librarla de tan peligrosos asaltos había de ser la Santísima Virgen, y desde luego aconsejó á la animosa doncella que dedicase una Novena á la Madre Santísima de la Luz, y que si en ese tiempo se atreviese á molestarla Satanás, le dijese que en nombre de la Madre Santísima de la Luz se alejase inmediatamente. Comenzó la Novena, y el primer día se le presenta el demonio excitándola al pecado, con la seguridad de que no habría culpa en ella, si sólo consentía con el pensamiento. Resistió é hizole huir la joven, negándose con fortaleza; y la misma victoria consiguió el segundo día. Volvió de nuevo al día tercero, y la prometió no insistir, con tal que ella nada dijese de tales insistencias al confesor; á lo cual contestó animosa la doncella: "¡Maldito eres tú que no tienes la gracia de Dios!" Al sexto día se le apareció en formidable actitud, y acercándosele hizo ademán de descargar sobre ella una pesadísima maza de hierro; pero la joven, presentándole una estampa de la Madre Santísima de la Luz, le dijo: "Tú nada puedes contra Dios." Una y otra vez volvió á combatirla

con fieros asaltos y tentaciones peligrosísimas; pero siempre fué derrotado el infernal enemigo con sólo presentarle la estampa de nuestra celestial Señora. Hizo la joven otra Novena, agradecida á los poderosos auxilios, con que en tan temibles luchas la había favorecido la Madre Santísima de la Luz, y desde entonces no volvió ya á molestarla el rencoroso enemigo de nuestras almas.

Monstra te esse Matrem,

Sumat per te preces,

Qui pro nobis natus

Tulit esse tuus.

Virgo singularis,

Inter omnes mitis,

Nos culpis solutus,

Miles fac et castos.

Vitam praesta puram,

Iter para tutum,

Ut videntes Iesum

Semper collaetemur.

(Venancio Fortunato, obispo de Poitiers.)

Demuestranos que eres Madre

Y acepte nuestras plegarias

Por Ti, el que ser tuyo quiso

Y por nosotros se humana.

¡Oh Virgen incomparable,

Más que cuantas hubo blanda,

Guardándonos de la culpa,

Nuestra vida haz quieta y casta.

Concedénos sea pura,
Y una senda nos prepara
Fija, que á Jesús nos lleve
Y en gozo eternos nos haga.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Pedir con frecuencia á la Santísima Virgen que con tiernísimo amor muestre que es Madre nuestra, y nos consiga la gracia de que nosotros sepamos mostrar con nuestras obras que somos verdaderamente hijos suyos.— Santa Clara, para obtener este doble beneficio, rezaba diariamente gran número de Ave Marías, y mereció por medio de esta piadosa práctica para sí y para su Orden la especial protección de María.

En memoria de la solemne Coronación de la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Creador y Redentor mío; por ser Vos quien sois, y porque Os amo sobre todas las cosas, en el alma me pesa de haberos ofendido. Vos, Señor, que escudriñáis el fondo de los corazones, conocéis por completo nuestra debilidad. Y esto me anima para recurrir á Vos, implorando avergonzado y rendido el perdón

de mis culpas. Peque, Dios mio; perdonadme por Vuestra infinita misericordia; y por la gloria misma de Vuestro nombre, dignaos remediar mi profunda miseria. Propongo de hoy en adelante no ofenderos más; y Os ruego me deis gracia para perseverar en este propósito y fielmente serviros hasta el fin de mi vida.—Amén.

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz!; Reina amada del Altísimo, y colmada de todo género de bendiciones sin medida!; Reina purísima, vestida del Sol, digna de ser coronada por las estrellas, y á cuyas virginales plantas se rinde obsequiosa la luna!; Qué satisfacción tan dulce, qué consuelo tan grato á nuestro corazón contemplaros hoy tan enaltecida en vuestra bellísima y maravillosa Imagen, solemnemente coronada en nombre y con autorización del augusto Vicario de Cristo nuestro Señor sobre la tierra!; Con qué ardorosas ansias, Madre amabilísima, desearon para Vos nuestros padres esta distinción tan gloriosa!; Con qué gratísima complacencia y amoroso entusiasmo Os contemplarian hoy tan honrada y engrandecida, aquella santa religiosa que directamente intervino en la pintura de Vuestro celestial retrato, aquellos infatigables promotores de vuestras glorias, los Genovesi y Genovese, Alvarez de Lava, Gómez, Castillo y tantos otros operarios evangélicos de la Compañía de Jesús, que con piadoso ingenio y admirable actividad propagaban en sus laboriosas Misiones el conocimiento, la confianza y el amor á esta advocación dulcísima de Madre Santísima de la Luz,

como Vos misma Os habiais dignado encargar de una manera especial! Permitidnos, Madre amantísima, que entre las suaves expansiones de este dia de ardoroso júbilo para todos vuestros devotos, dediquemos un recuerdo de cariñosa gratitud y encomendemos con toda el alma á Vuestra maternal protección, á aquellos misioneros mexicanos, hijos fervorosos de la Compañía de Jesús, que inhumanamente arrancados del suelo patrio en el siglo XVIII, por obra de la impiedad, y diseminados en medio del más cruel abandono por distintas ciudades de Italia, dedicaron todos sus cuidados y hasta los cortísimos haberes necesarios para su modesta subsistencia, á haceros conocer por todos aquellos países bajo este título tan amable de Madre Santísima de la Luz, dedicándoos tríduos, novenas y solemnes fiestas, y erigiéndoos muchos y preciosos altares, en que para siempre fueseis venerada, recibiendo del pueblo fiel los tiernos y constantes obsequios que permitiesen las humildes rentas con que á perpetuidad dotaban vuestros cultos. Amables recuerdos han dejado también de su ardorosa devoción hacia Vos en esta advocación tan amable los Diez de Sollano, Aguado, Sierra y tantos otros, que hoy os contemplarán gozosos desde el cielo, como piadosamente esperamos, graciosamente coronada con áurea diadema, y sobre todo, con los ardorosísimos afectos de gratitud y de amor, que incesantemente exhalan en vuestro obsequio los leales pechos de los fieles mexicanos, y en especial, los de la privilegiada ciudad de León, tan tiernamente consagrada á vuestro amor y á vuestro culto, desde que goza la indecible dicha de poseeros.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, Reina y Señora nuestra! Humildemente postrados ante vuestra bellísima Imagen, Os reconocemos de nuevo en este día por nuestra cariñosa Madre y venerable Reina! Os tributamos desde lo más íntimo de nuestros corazones rendido vasallaje y sincero testimonio de obediencia, de gratitud, de veneración y de amor. ¡Que vuestras lenguas Os proclamen siempre, como solemnemente Os proclamamos hoy á la faz del cielo y de la tierra, por Madre tiernísima y benignísima Reina, á cuya honra dedicamos desde luego todo nuestro ser! ¡Reinad con eficacia sobre estos corazones, cuya infidelidad habéis lamentado tantas veces; reinad sobre nuestras almas, que algún día dieron, por desgracia, tan amarga pesadumbre á Vuestro Corazón purísimo e inmaculado! ¡Potencias, sentidos, los miembros todos de nuestro cuerpo;... que todos incansablemente Os alaben y bendigan como á Madre y como á Reina! Si una acción cualquiera, una palabra, un pensamiento, un gesto levísimo brotase en algún tiempo de nuestro ser contra vuestra honra ó vuestra voluntad soberana, desde ahora lo condenamos con toda el alma; y con encarecimiento Os pedimos, Reina y Madre amorosísima, que antes que tengamos que lamentar en nosotros la menor ofensa contra Vos ó contra vuestro divino Hijo, muramos en vuestra gracia; porque sería vida trisísima é infeliz la vida que conservásemos en desgracia vuestra. Honor, fidelidad y perpetua gloria á nuestra Reina benignísima la Madre Santísima de la Luz!

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Reina poderosa de los ángeles y de los hombres, enriquecida con toda clase de prerogativas, gracias, virtudes y con la abundancia de los dones del Espíritu Santo; Reina piadosísima, á quien ha sido otorgado el más amplio poder para enriquecer á los hombres con los incalculables tesoros de su misericordia.

—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Reina bellísima y de incomparable magnificencia, que sentada junto al trono del mismo Dios, brillas por tu pureza y hermosura; que subes del Líbano de la virginidad y embalsamas el mundo con el unguento oloroso de tus virtudes.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Reina agraciada y felicísima, cuyos labios al pronunciar en favor nuestro palabras de clemencia, son mil veces más dulces que la miel; de cuya lengua purísima brota, como de fuente inagotable, la alegría; y cuyas sacratísimas manos, impregnadas de aroma celestial, difunden por toda la tierra, al cobijarnos bajo su amorosa protección, suavísimos olores, que no se perciben entre las peligrosas delicias de los sentidos.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Reina incomparable; Señora del universo; Puerta de salud y de vida! ¡Principio de la universal restauración; Virgen amabilísima, por la cual toda la naturaleza

creada bendice á Dios, y de El es bendecida! ¡Hermosa á los ojos del que Os mira, amable á los que Os contemplan, deliciosa á los que Os aman! Si al Arca antigua de la Alianza, imagen y figura de vuestra santidad, honró tanto Dios nuestro Señor ¿qué culto y qué veneración deberemos tributaros á Vos, que sois nuestra verdadera Reina? Por Vos, como serena aurora, que ilumina el mundo y precede al divino Sol de justicia, se disipó el odioso horror de las tinieblas, desapareció el poder del tirano infernal, quedó destruida la muerte y sujeto el abismo; el hombre fué reconciliado con Dios, firmáronse entre él y su Señor duraderas paces, y quedó bañado todo el orbe con la Luz clarísima de la verdad. ¡Salve, Virgen inocentísima, nuestra cariñosa Madre y nuestra benignísima Reina!

Si nuestra devoción hacia Vos ha de ser verdadera, imitando en lo posible vuestras heroicas virtudes ¿qué haremos para adquirir de algún modo sólido fervor en todas vuestras buenas obras? Porque, siendo tan grande el amor inmenso de Dios nuestro Señor hacia nuestras almas, natural es que nosotros seamos generosos con El amándole sin medida. Y, sin embargo, no todos le aman con la sinceridad y el fervor con que debieran. Porque unos van hacia El harto ocupados con la constante solicitud de las cosas de la tierra, y poca actividad les queda para dedicarla al divino servicio; otros pretenden servirle en algo, pero más que á Dios, atiéndense á sí mismos; otros, felizmente, dirígenle hacia El con irresistible anhelo, y sólo atienden al acrecentamiento de la divina gloria, con marcado menosprecio de sí

mismos. En este último grado figurasteis siempre Vos, oh Madre amabilísima, descollando como verdadera Reina, sobre las almas más fervorosas, y aun sobre el encendido amor de los mismos serafines, cuanto el sol aventaja en luz sobre las estrellas, cuanto en frondoso bosque sobresale el corpulento cedro sobre la humilde mata de yerba.

¡Ah! Conseguidnos, Reina y Madre dulcísima, esta preciosa virtud del fervor en las obras todas de nuestra vida, haciendo que con eficacia recordemos aquel saludable aviso del Espíritu Santo: "*No seáis flojos en cumplir vuestro deber; sed fervorosos de espíritu, acordándoos que al Señor es á quien servís;*" y que no nos limitemos en el divino servicio á conquistar tales ó cuales grados de mérito ó de virtud, sino que "*entre esos dones, aspiremos siempre á los mejores.*" Mucho espera el Señor de nuestra fidelidad hacia El, porque muchos y preciosísimos son los grados de gracia que derrama generosa sobre nuestras almas; y no sería digno ciertamente corresponder á ellos con limitación y tibieza, siendo así que "*la senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el medio día.*"

En este día, pues, Reina y Madre piadosísima, en que con festivo aplauso y dulcísimos consuelos celebramos vuestra soberana grandeza, y la solemne coronación de vuestra maravillosa Imagen como de Madre Santísima de la Luz, alcanzados de vuestro divino Hijo rayos vivísimos de luz celestial, que iluminando el alma, enciendan abrasados el corazón, para que nuestro fervor en su santo servicio crezca cada día más, conquistándonos una vida santa, una

muerte dichosa, y después lauros eternos de gloria.
—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, BENIGNÍSIMA
Y PODEROSA REINA EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Figura y sombra tan sólo de nuestra Madre Santísima de la Luz, fueron las reinas más eminentes, amables y poderosas que registran los fastos de todas las edades. Ester y Betzabé, con haber dejado de su bondad y notable influencia sobre Asuero y Salomón tan gratos recuerdos, son expresión muy limitada y muy mezquina de la grandeza de nuestra Reina celestial, cuya saludable influencia se extiende á todos los pueblos, á todos los siglos, y aun más allá de los últimos lindes del tiempo, en las inmensas regiones de la eternidad.

Es María, como dice San Bernardino de Sena, la creatura más noble entre todas y sobre todas las más nobles del universo; en su ilustre genealogía, San Mateo cuenta cuarenta y dos generaciones desde Abraham hasta Jesucristo, y la celestial Señora descendiendo de cuarenta patriarcas, catorce reyes y catorce príncipes. María, observa San Buenaventura, reina con ilimitado imperio sobre todo el universo; porque es la Señora del cielo, de la tierra y hasta del infierno, como que ejerció su elevada soberanía sobre los ángeles, sobre los hombres y sobre los demonios. La celebrada Reina Ester iba seguida de dos doncellas; la una sostenía parte de sus amplias vestiduras, y en la otra se apoyaba con majestuosa dignidad. Dos clases de siervas tiene igualmente la Santísima Vir-

gen; la creatura angélica y la humana. La humana es la que en el mundo se somete humilde á su soberanía, sosteniendo sus reales vestiduras, es decir, imitando sus virtudes y sus ejemplos. Apóyase sobre la creatura angélica, porqué la sirven y la veneran los ángeles; ¡Oh! qué poderoso motivo de alegría y consuelo para nosotros, al considerar que la Soberana de los ángeles es de nuestra misma humana naturaleza!

“Si os fijáis, dice San Antonino, en que María tiene á sus purísimas plantas la luna, sabed que con esto se significa el gran poder que la Inmaculada Madre de Dios tiene sobre el universo. Cierto es que en la casa de Dios hay diferentes grados y diversos órdenes; tales son los de los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y los nueve coros de los ángeles; y tantos como son los órdenes, son los reinos. Pero el reino de María está muy por encima de todos los demás, porque es la Reina de todos los príncipes del cielo.” ¡Feliz monarquía la que tiene tal Reina!; Reina dichosa, la que puede contar con tales vasallos! ¡Mil y mil veces felices los que tienen la dicha de estar sujetos á tal Reina, y de contemplar por siglos y siglos su magnificencia, y singular hermosura!

Todo el orden jerárquico en el cielo fúndase en la superioridad sobrenatural, en la santidad y en la inocencia. San Dionisio Areopagita asegura que los grados de santidad y de gracia equivalen á los de este principado celestial, y que cada grado superior contiene las perfecciones de todos los grados inferiores. Así que, el más alto grado entre las angélicas jerarquías contiene todas las gracias de los ocho grados

inferiores, además de la gracia que le es propia. María, pues, hállese enriquecida con todas las gracias de los nueve coros de los ángeles, además de las incalculables gracias que posee como Madre Inmaculada de Dios y poderosa Reina de todos los bienaventurados.

A su admirable soberanía en los cielos se refieren aquellas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: "En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mio sobre una columna de nubes; Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo; me paseé por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio." Recorre los cielos, porque como Madre de Dios, sobrepuja en dignidad, en gloria y en poder á todos los ángeles y santos. Cristo nuestro Señor, en cuanto Hombre, excede en dignidad y aventaja incomparablemente á todo orden de la naturaleza creada; y como la grandeza y majestad de María son tan conformes á la majestad y grandeza de Jesús, claro aparece que á todas las creaturas que pueblan felices el cielo, excede sin comparación en grandeza la Santísima Virgen María.

Tal es, ó mejor dicho, casi infinitamente más que todo esto es la gloria de nuestra Madre Santísima de la Luz en el cielo y en la tierra; en beneficio de sus devotos. Y en esa gloria indescriptible, y en ese inmenso poder que ejerce sobre toda la creación, debemos gozarnos como hijos fieles y amantísimos de tal Madre y de tan excelsa Reina; porque todo ese poder lo ejerce en beneficio de los hombres, y en especial, en gracia de los más necesitados. ¡Oh Reina

amabilísima, Madre Santísima de la Luz! A vuestra inexplicable bondad nos acogemos, en vuestras poderosas manos depositamos nuestra alma. Que con esas gracias que en tanta abundancia derramáis, vivificada y fortalecida Os sea siempre fiel; en Vos descansé como en tiernísima Madre, como en benignísima Reina; y en vuestra amable compañía goce eternamente de Dios en el cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Madre Santísima de la Luz, la Inmaculada Virgen María la concede en abundancia, no sólo á los verdaderos sabios, sino á las Instituciones eclesiásticas y religiosas, para que gobernadas con acierto, promuevan con más constante empeño de día en día la mayor gloria de Dios. Había muerto el P. Everardo Mercuriano, cuarto Preposito General de la Compañía de Jesús, y preparábase los Padres electores de este Instituto para darle un digno sucesor. Con gran fervor pedía á Su divina Majestad en la oración el P. Tomás le Blanc que tuviese feliz resultado la Congregación general reunida con aquel objeto, cuando admirado contempló en espíritu que la Santísima Virgen entraba en la sala de las sesiones, y tomando de la mano al P. Claudio Acquaviva, que era el más joven de los electores, se adelantó con él y presentándole á los demás Padres congregados para aquel acto, les dijo: "Elegid á este por nuestro General;" y ellos inmediatamente se lo prometieron. Horas antes, el fervoroso P. Claudio Matthieu había tenido una visión parecida; la Santísima Virgen, acompañada

de San Ignacio de Loyola y de San Bernardo, presentaba por sí misma al P. Claudio Acquaviva á su divino Hijo, para que le eligiese General de la Compañía; y el amabilísimo Jesús, accediendo á los deseos de su purísima Madre, dió al P. Claudio su bendición. Fué efectivamente el P. Acquaviva uno de los Generales más ilustres de este Instituto; y entre tantas empresas de la mayor gloria de Dios, que promovió hasta su muerte, tenia singular complacencia en recomendar á todos sus hijos la más tierna devoción á María; empeño piadosísimo que desde los comienzos de la Compañía había preocupado constantemente á su glorioso Fundador.

Ipsam cole,

Ut de mole

Criminum te liberet;

Hanc appella,

Ne procella

Vitiorum superet.

Nemo dicet

Quantum licet

Laudans ejus merita,

Quae cunctorum.

Sunt sanctorum

Supra culmen posita.

(San Casimiro)

Ama á esta excelsa Reina;

Que ese amor santo

librará del peso

De tus pecados.

Y si la llamas,

Libre de la tormenta

Saldrá tu alma.

Siempre la lengua humana

Quedará corta,

Al cantar de esta Virgen

Madre la gloria;

Porque se encumbra

Sobre todos los santos,

Radiante y pura.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á Su divina Majestad, al prepararse para la sagrada Comuni6n, las virtudes y méritos de María.—
A Santa Gertrudis, que deseaba con vivas ansias esta digna preparaci6n, dió un día la Santísima Virgen una joya de admirable resplandor, adornada con muchas piedras preciosas que representaban sus virtudes; y con ella quedó Gertrudis magníficamente preparada para recibir á su divino Esposo Jesús.

**Novena á la Inmaculada Virgen María,
Madre Santísima de la Luz.***

PRIMER DIA.

Puesto de rodillas delante de la Imagen de María Madre Santísima de la Luz, levantará el corazón á Dios, que está presente, y reverenciéndole con profunda ado-

** Del P. Pedro de Echavarrí, de la Compañía de Jesús.—*